

5 Voces miradas

Hendidura

Alberto Cubero (Madrid, 1972)

Licenciado en Económicas por la Universidad Carlos III de Madrid. Ha participado en la antología poética *La república de la imaginación* (2009), colabora en revistas especializadas publicando poesía y ensayo, con una atención preferente a la potencialidad terapéutica de la poesía, relaciones entre poesía y psicoanálisis... Ha colaborado con artistas plásticos con instalaciones en las que fotografía y escultura dialogan con el lenguaje poético. Ha publicado los poemarios *Pájaros de granito* (2008), *La textura metálica del dolor* (2011) y *Hendidura* (Devenir, Madrid, 2014).

Dejarnos caer en esta hendidura. Habitar el paisaje de la desolación, las metáforas del desconsuelo. Desde la caverna, el laberinto, la tierra reseca y yerma, el tiempo de los guardianes del rencor y la miseria, los predicadores del humo y sus conceptos vacíos. ¿Es alegoría, construcción simbólica, una cosmogonía tan personal como intensa del desastre? Sin duda. Pero en ella nos reconocemos. Porque aparecieron “flores degolladas por todas partes”, “enloquecieron los pájaros”, llegó “la agonía de las hojas” y sólo “entonces surgieron las preguntas. Muchas preguntas. Demasiado tarde”. Vemos nuestro mundo. Encerrados en el laberinto. También la esperanza. Porque “es en los arrabales donde sobrevive la luz y el aire resulta respirable”, allí se reinventan las palabras y junto a los acantilados viven los que fueron expulsados del laberinto. “Hay un hombre labrando el porvenir”, es el hombre rebelde, el que “alberga la maltrecha esperanza”, el que, a veces, desfallece pero luego se levanta, escucha a los muertos, la imaginación de los niños, las preguntas de los ancianos. Para decir la palabra que “abrirá las mentiras del laberinto”, la que “hablará por boca de la piedad”. Derrotar el miedo, la sumisión, la palabra iracunda, llegar a los arrabales del consuelo y la imaginación. Hacer como ese hombre, esa mujer, ese anciano que ahora, en este mismo momento, sencillamente dice no. Y “labra el porvenir con las pavesas de la conciencia”. Hacer como ellos, como ellas, juntar las manos, reinventar las palabras, labrar el porvenir desde la lucidez de la conciencia.

Antonio Crespo Massieu

En el comienzo no fue el verbo. En el comienzo fueron las manos auscultando la tierra. Un sonido, un estallido. Un grito de dolor o algarabía. Un animal desconocido merodeando los intersticios de la cordura. La carne contra la carne, la espina junto al miedo. Un hueco, el hueco. Un sonido, un estallido. Un grito de hallazgo o de desesperación. Una huella, la primera huella.

En el comienzo no fue el verbo.

Fue la fuerza incontenible de la emoción, la desenfundada espiral de los sentidos, una parábola cargada de voluntad.

Cómo puede ser que las fallas del corazón ya ni siquiera griten y que la savia que recorre las venas huelga a esa suerte de azufre con el que se rocían las esquinas. Cómo reinventar las palabras para que uno no sea el mismo a cada instante, cómo esculpir de nuevo las manos, hacer de ellas el calor que ya no fluye por los ojos.

Cómo puedes continuar amando el horizonte si el granizo destruyó los caminos y ya no hay cobijo bajo las encinas.

Comenzaron a aparecer flores degolladas por todas partes. Sobre las aceras, colgando de las paredes, junto a los troncos de los árboles, entre las páginas de los libros. En un principio, nadie les dio importancia. Las miraban al pasar junto a ellas, extrañados, escépticos. Nadie las acariciaba, nadie se preguntó: ¿por qué habrán sido degolladas?

Hasta que comenzaron a sangrar. Sangraron mucho y, entonces, los que pasaban junto a ellas quedaban aterrorizados, huían sin dar crédito a sus ojos. La sangre fue ocupándolo todo: las calles, los hogares, los rostros de la gente. Fue horrible, todos aquellos rostros ensangrentados. Entonces surgieron las preguntas. Muchas preguntas.

Demasiado tarde.

Los guardianes del rencor doblegaron la elipse sagrada de la sonrisa. Los guardianes son seres extraños. En algún momento fueron hombres, hace mucho tiempo. Poseen un cierto recuerdo de la luz, esa misma luz que acabó cegándoles. La elipse sagrada de la sonrisa está malherida. Ellos sacan pecho, se golpean el pecho. Son los guardianes del rencor y la miseria. Fueron los que degollaron las flores, se les ve en los ojos abrasados.

Justo ahí se abrió la hendidura, donde la hilera de abedules se hace interminable y niega el final del camino. Sucedió que enloquecieron primero los pájaros. Se arrojaban violentamente contra la tierra, hundían en ella los picos y las alas, morían asfixiados. Antes de morir decían: está reseca, esta tierra está reseca. Luego vino la agonía de las hojas, la quemazón de los nódulos por los que transpiraba la inocencia. Finalmente, el ocre de la esperanza se difuminó entre la fermentación de la neblina.

Los hombres continuaban presos en la cárcel de la arrogancia y la tierra estaba cada vez más reseca.

Es en los arrabales donde sobrevive la luz y el aire resulta respirable. Allí aún suenan el hondo gemido del deseo y el color indeterminado de las ilusiones. A pesar de ello, están prácticamente deshabitados. Hay tanta calma. Hay una palabra hermosa inscrita en la entrada de cada casa y de las ramas de los árboles cuelgan farolillos labrados por la imaginación de los niños. Y, sin embargo, apenas unos pocos llegan hasta los arrabales.

¿Será por la calma? ¿Será por la luz y la palabra?

A veces es un escalofrío en el pecho, en otras ocasiones se manifiesta como un coágulo de luz en las arterias. Es hermoso sentir el agujero negro. En él se condensa todo aquello que escapa a los instantes. Lo inefable, lo inaprensible. El misterio llega a nosotros a través del silencio y el repliegue sobre los pálpitos. Entonces se difumina lo cotidiano, hay una emergencia de lo ignoto. Adviene lo innombrable. Callar, escuchar. Es hermoso sentirlo aunque parezca que amenaza con devorarnos. Nunca lo hace. Hay que aferrarse al miedo para no desfallecer. Es como un coágulo de luz en el pecho o un escalofrío en las arterias.

Junto a los rompientes de los acantilados viven los que fueron expulsados del laberinto. No tienen rostros de desterrados. No hay tristeza ni congoja en sus ojos. Pasean entre las rocas, contemplan el vuelo de las aves, respiran profundamente. Sobre todo esto último, respiran profundamente. De cuando en cuando, dibujan en el aire sueños a los que no ponen nombre. Cada noche, una pequeña embarcación viene a recogerles. Ellos dicen que viene del faro del fin del mundo y que les lleva allá de donde no se regresa. Les gusta imaginar eso. En realidad, les lleva mar adentro para mostrarles el secreto de la tiniebla.

Cuando cae la noche muchos recorren las calles bajo la implacable oscuridad. Van en busca de los arrabales y los acantilados. Han oído que, en los arrabales, el aire es respirable y hay farolillos fabricados por la imaginación de los niños, que los habitantes de los acantilados conocen un enigmático secreto. Llevan largo tiempo haciéndolo, desde antes que las noches fueran sin luna. Recorren las calles cuando oscurece y buscan y buscan la salida del laberinto, un signo que les oriente en la huida hacia las afueras. Pocos han encontrado la salida y logrado escapar. Para conocerla hay que escuchar el agujero negro, sentir el escalofrío, llevar a cabo el repliegue.

No valen los mapas. Además, los que existen, son todos falsos.

A pesar de que fueron invitados a regresar, jamás volvieron al laberinto. Les ofrecieron una cruz de plata y un corazón con doble fondo. Los desterrados, que no tienen rostros de desterrados y dibujan en el aire sueños a los que no ponen nombre, cuidan del agua y del acantilado. No son esclavos de fantasmas. Poseen la felicidad de la desnudez y lo ancestral y conocen, como nadie, los nervios de la tierra.

Hay un hombre labrando el porvenir con las pavesas del deseo. Lo que quedó tras el incendio él lo ha recogido, lo hila con la cuerda de la humildad, con las ilusiones de lo que queda por vivir. Él es el hombre rebelde. Sencillamente dijo no. Dijo no a la máscara reluciente y al traficante de emociones. Está solo. Dijo no y le impusieron la soledad.

No hay regreso para él. Ha aceptado su destino. Sueña con nacimientos imposibles, imagina un origen ilocalizable. Sin posibilidad de retroceder, ese hombre llora. Es el llanto de la valentía. Labra el porvenir con las pavesas de la conciencia.

La consistencia de la crueldad dio paso a la palabra iracunda, a la infamia y la egolatría. La mano amenazante extendió el temor. ¿Qué fue de los hombres? Esta pregunta puede oírse en las largas noches que caen sobre los páramos. ¿Qué fue de los hombres?, piensan a menudo los que callan y no otorgan. Ahora la palabra iracunda está en los labios de los niños, en el pecho de las madres, en el rostro sorprendido de los ancianos.

¿Cómo sacarse esta espina? ¿Cómo sacarse esta estirpe? Porque el miedo toma cada vez más fuerza y la mano amenazante crece sin descanso.

Los muertos escuchan, esperan, sufren. Saben lo que está sucediendo. Lo que ha sucedido. Escucharon el derrumbe de las elipses, el estallido de las esferas, el grito ensordecedor de los lugares abandonados. Fueron los muertos los que enterraron a las flores degolladas. Ahora están junto a ellos, pletóricas de silencio y caricias. Fueron ellos los que intentaron recomponer las elipses, las esferas, los que enfrentaron las manos vacías a la hemorragia de la sinrazón. Nadie habla ya con los muertos. Su sabiduría fue desdeñada por el predicador, por la altivez, por la egolatría. Ellos esperan con la templanza de quien vive sin tiempo. Porque los muertos viven, pero sin tiempo, en otro tiempo, como viven los soñadores. Y como los soñadores, esperan pacientemente la resurrección del agua y el regreso de la luna.

Hay momentos en que el hombre que labra el porvenir desfallece. No es de extrañar. Está solo. Está cansado. Bebe su sudor, come las raíces de la tierra. El incendio lo arrasó todo. Quedaron las pavesas del deseo y la mariposa azul que ilumina los caminos. Él labra, recompone, canta las resurrecciones. Alberga la maltrecha esperanza. Alberga también el recelo. Recelo de que ellos le encuentren y entonces provoquen otro incendio, el definitivo. Que mutilen el porvenir y la mariposa azul que alumbra las encrucijadas.

Él está solo. Él es rebelde. A veces desfallece. Luego se levanta, se rehace, esboza una mueca de satisfacción, bebe su sudor, come las raíces de la tierra.

La palabra violentada abrirá las mentiras del laberinto, removerá los cimientos de la insignificancia, será brote de amor en la corte de las quimeras.

Hablará por boca de la piedad, hablará por boca de los defenestrados.

La palabra violentada será grieta en la vasija de los venenos, sangre renovada en los ojos de la salamandra.